

RESUMEN DE PRENSA

LA INFORMACION ECONOMICA EN LA PRENSA INTERNACIONAL

<u>INDICE</u>	<u>Págs.</u>
<i>EL REVUELO DEL "ECU FUERTE"</i>	2
<i>REPLANTEAMIENTO DE LA UEM</i>	5
<i>CONFUSION ALREDEDOR DE LA UNION ECONOMICA Y MONETARIA</i>	7
<i>EL INFORME DEL BUNDESBANK SOBRE LA UEM</i>	9
<i>LA VISITA DE JOHN MAYOR A LISBOA Y MADRID</i>	12
<i>COMPAS DE ESPERA PARA LA UEM</i>	14
<i>ESPAÑA Y LA UEM, SEGUN "THE WALL STREET JOURNAL"</i>	17
<i>URSS: QUE VENZA EL MEJOR</i>	19
<i>LA REVOLUCION DESDE ARRIBA</i>	23
<i>STANISLAV SHATALIN, PROFESOR DE ECONOMIA PRIVADA</i>	25

EL REVUELO DEL "ECU FUERTE"

(*"The Economist"*)

Antes de las vacaciones estivales, el proyecto de unión económica y monetaria parecía estar avanzando como un tren que se deslizara plácidamente, aunque con un vagón desenganchado. Todos los países miembros, excepto Gran Bretaña, se habían mostrado a favor del recorrido de tres fases propuesto por Delors. Quedaban preguntas por contestar, como éstas: ¿Debería tener el Consejo de Ministros de la CEE el poder colectivo de reducir el déficit presupuestario de este o aquel país?. ¿Cómo podría asegurarse la independencia del banco central?. ¿Qué volumen de ayuda debería ofrecerse a los países más pobres de la CEE, para facilitar su adaptación?.

Después de la reunión de los ministros de Hacienda en Roma los enganches del tren parecen descompuestos. Las dudas de Alemania crecen y España ha abandonado la línea Delors. Por otra parte, la solución alternativa sugerida por Gran Bretaña, que incluía la posible creación de una nueva moneda comunitaria conocida con el nombre de ecu fuerte, parece que no es ya tan disparatada.

La fase uno del plan Delors, que incluye la libertad de movimientos de capital y cierta coordinación de las políticas monetarias, empezó en Julio último. La Comisión Europea desea ahora fijar para Enero de 1993 la fecha de comienzo de la fase dos. En ésta, los reajustes de los tipos de cambio serían extremadamente raros. Se crearía un Eurofed con el fin de conseguir aún una mayor coordinación de las políticas fiscales. Con todo, las decisiones últimas en materia de política monetaria continuarían estando en manos de los bancos centrales nacionales.

La fase tres, en la que el Eurofed dirigiría la política monetaria de todo el mundo comunitario, con unos tipos de cambio permanentemente fijos, empezaría "poco después" de la fase dos, en el momento en que los jefes del gobierno estimaran oportuno. Con el fin de prevenir que las economías más pobres de la CEE se vieran abocadas a la fase tres sin la preparación necesaria, se les concedería un periodo de gracia antes de que pudieran fijar definitivamente sus tipos de cambio.

El ataque británico contra el citado esquema se concentra en la fase dos. Esta se supone que ha de ser breve -dice Gran Bretaña- porque está llena de interrogantes. En especial, se ignora quién se haría cargo de las políticas monetarias nacionales. Y, sin embargo, su misma brevedad implica que los tipos de

cambio podrían quedar solidificados como el cemento antes de que varias economías nacionales pudieran responder del resultado. El Bundesbank, consciente de los problemas suscitados por la unión de las dos Alemanias a un tipo de cambio poco realista, ha visto la trascendencia que podía tener tal situación.

Los banqueros de la City londinense, preocupados por el hecho de que Gran Bretaña pudiera verse apartada de un eventual y futuro orden monetario europeo, persuadieron al ministro John Major para que propusiera el "ecu fuerte" -una moneda que superaría al propio DM por sus virtudes antiinflacionistas- como nueva pieza central del progreso hacia la unión monetaria. Esta moneda sería emitida por un Fondo Monetario Europeo, un descafeinado Eurofed, como contrapartida de depósitos de monedas nacionales, y podrían obtenerla todos aquellos que la desearan. El ecu fuerte sería administrado de forma que nunca tuviera que ser devaluado frente a cualquier otra moneda de la CEE.

Este esquema ofrecería muchas posibilidades. El Fondo Monetario Europeo, v.g., podría pedir que un banco central nacional en principio demasiado manirroto recomprara depósitos de su propia moneda con, digamos, dólares o yens. También podría exigir que cada banco central compensara al Fondo por cualquier pérdida resultante de la devaluación de su moneda. Cuanta más gente decidiera poseer ecus fuertes más draconianos serían los poderes del mismo para someter a los bancos centrales inflacionistas.

Los promotores londinenses del ecu fuerte afirman que su moneda daría al embrión de Eurofed algo real en qué ocuparse durante la fase dos. El banco central ganaría credibilidad administrando una moneda destinada a ser el dinero de Europa. Y proporcionaría a los gobiernos un avance de lo que todo ello supone en términos de disciplina y de otros condicionamientos y exigencias. En tal caso, la fase tres no sería sólo un salto en el vacío o un acto de fe.

Ocurre, sin embargo, que el gobierno británico presenta el ecu fuerte de manera distinta: no como un instrumento transitorio sino como un fin en sí mismo. Si la gente eligiera utilizar el nuevo ecu en vez de las monedas nacionales, tanto mejor, puesto que habrían votado con sus carteras en favor de la unión monetaria. Pero esto supone olvidar alegremente que por "buena" que sea otra moneda, se ve en gran desventaja frente a la de curso legal de un país, es decir, frente a la moneda con la que se pueden pagar deudas. Gran Bretaña elude este punto diciendo que el ecu fuerte podría convertirse en moneda legal con el tiempo.

Existen ya señales de que el ecu fuerte puede incorporarse al plan Delors. Esta posibilidad constituyó en definitiva lo esencial de la defección, la semana pasada, del ministro español de Hacienda, Carlos Solchaga. En la fase dos contemplada por éste, que empezaría en Enero de 1994, un Eurofed emitiría ecus fuertes, influyendo así en las políticas monetarias nacionales.

En la fase tres, el ecu fuerte se convertiría en la moneda única europea. Por otra parte, y contrariamente a Delors, Solchaga quiere una fase dos larga, de cinco o seis años. A su juicio éste es el tiempo que se tardará en eliminar los hábitos inflacionistas de algunos países. También desea un presupuesto comunitario y una ayuda regional crecientes de forma que puedan reducirse las dificultades que la fase tres ha de suponer para los países comunitarios más pobres.

El expreso de Delors se retrasa a causa de modificaciones del recorrido.

REPLANTEAMIENTO DE LA UEM

(*"The Economist"*, edit.)

Ya sea a causa del conflicto del Golfo, ya de la unificación de Alemania o ya, en fin, como consecuencia del declinar de un verano memorable, Europa se halla desorientada a propósito de la unión económica y monetaria (UEM) y, desde luego, ha desaparecido la casi total adhesión a la causa del plan Delors. Sesudos alemanes, políticos y banqueros, se permiten ahora dudar en público. No menos sesudos españoles son aún más categóricos en sus vacilaciones. Y los británicos, críticos desde el comienzo, no pueden disimular su sonrisa de complicidad. La alternativa de éstos a Delors, que en un momento fue menospreciada como simple maniobra de diversión, es ahora contemplada con atención, aunque aún no resulte convincente.

Este cambio de actitud no es malo, si ha de dar lugar a un debate sobre dos puntos fundamentales de la unión económica y monetaria: ¿Por qué la queremos?. ¿Cómo se ha de conseguir?. El informe Delors original resultaba poco convincente sobre estos dos puntos, razón por la cual el consenso aparente que se había alcanzado a su alrededor podía dejar de existir por razones más serias que la hostilidad visceral de Margaret Thatcher a todo lo que suponga la desaparición de la libra.

No nos cansaremos de decirlo: una moneda única para Europa no debería constituir un fin en sí misma. El objetivo de cualquier conjunto de arreglos monetarios debería ser la estabilidad de los precios (lo que en la práctica significa incluso menos que el 3% de inflación media anual conseguido por Alemania en los años 80). Este objetivo absoluto puede ser el resultado de la UEM y de la moneda única, pero no serán estas dos cosas las que conducirán necesariamente a una baja inflación. Lo que hará que ésta se consiga será, siempre y en todas partes, un banco central que tenga una sola prioridad -la estabilidad de los precios- y que cuente con la autoridad para llevar a cabo todo lo que convenga para asegurar dicho objetivo.

En el caso de Europa, cualquier consenso sobre la UEM digno de credibilidad debe empezar, por consiguiente, con un estatuto adecuado para la constitución de un banco central europeo. Si los que han de regir el ente que ha de presidir la UEM son designados por periodos mucho más largos que cualquier ciclo electoral; si su misión fundamental, exigida por el estatuto fundacional, es la de conseguir la estabilidad de los precios; si su sumisión a los parlamentos y al público ha de limitarse a darles cuenta de la marcha de la entidad... Si se dan todos estos

condicionantes, la Europa Comunitaria tendrá el sistema monetario capaz de proporcionarle los beneficios macroeconómicos de una inflación permanentemente baja.

Queda la microeconomía, que es donde la idea de una moneda única cobra sentido. La Europa con un mercado único que debe desarrollarse a partir de 1992 ganaría mucho con una sola moneda. En tal caso desaparecerían los costes de cambiar las monedas con ocasión de los movimientos de personas y de mercancías; se eliminarían todas las preocupaciones derivadas de las posibles oscilaciones de los tipos de cambio de las monedas comunitarias, etc. Los Estados Unidos han salido muy beneficiados con la presencia de un solo dólar, en vez de docenas de ellos. Lo mismo ocurriría en Europa. Es más, no se obtendrán todas las ventajas del mercado único hasta que no se haya puesto fin a la variedad de monedas, el último obstáculo no arancelario al comercio.

Por consiguiente, la cosa no se limita a la UEM. El debate debería abarcar unas siglas más largas: UEMEP, o unión económica y monetaria con estabilidad de precios. En términos de UEMEP, la propuesta británica de un ecu fuerte -que sería la moneda número 13 en vigor en la Comunidad de doce miembros- tiene algo que la hace recomendable: introduciría un freno adicional antiinflacionista frente a los gobiernos nacionales que quisieran relajar sus políticas monetarias. Ahora bien, una moneda número 13 no proporcionará jamás las ventajas microeconómicas de una moneda única. A lo largo de décadas de excesos inflacionistas, la gente ha sentido un admirable apego a sus monedas nacionales respectivas, casi con total independencia de lo corrompidas que llegaban a ser y de lo poco que servían como medida de valor o como instrumento de ahorro.

Todo esto muestra que los europeos no adoptarán una moneda número 13 permitiendo que desaparezcan paulatinamente las otras doce. Si quieren obtenerse los frutos de una moneda única ésta deber ser impuesta legalmente, de una forma deliberada y permanente. Es posible que el plan del ecu fuerte llevara a eso, y que proporcionara a la UEMEP una adecuada fase dos, en vez de la nebulosa versión contemplada en el informe Delors. El problema es que el ecu fuerte, de la forma en que es presentado por sus patrocinadores británicos, no sería realmente eso. La Sra. Thatcher ve en él una alternativa a la UEM delorsiana: no un mejor camino para llegar a ésta. Todo el mundo lo sabe, y es por esto por lo que Albión sigue siendo pérfida, incluso cuando, como en esta ocasión, ha contribuido positivamente a que la Comunidad meditara y reflexionara.

La presente pausa debería servir para considerar cosas como la constitución de un banco central europeo. ¡Vaya rollo!. Pero también unos precios estables son aburridos. Formidablemente aburridos.

CONFUSION ALREDEDOR DE LA UNION ECONOMICA Y MONETARIA

Peter Norman publica el siguiente artículo en "Financial Times" de 17 de Septiembre.

Durante años la Comunidad Europea se mostró preocupada por la posible emergencia de una Europa de "dos velocidades". En la actualidad parece hallarse frente al peligro de que velocidades distintas se manifiesten en el proceso hacia la unión económica y monetaria (UEM).

El caso es que la reunión de los ministros de Hacienda celebrada en Roma y la de gobernadores en bancos centrales que ha tenido lugar en Basilea han ofrecido unos cuadros muy distintos de la progresión hacia la UEM.

La reunión de los ministros de la semana pasada puso de manifiesto dudas e incertidumbres que han echado por tierra las esperanzas de la Comisión de la CEE de avanzar rápidamente hacia la unión. En cambio, los gobernadores, reunidos en Basilea hace unos días, se vieron sorprendidos y sorprendieron a muchos observadores al conseguir completar casi del todo la elaboración de los estatutos del propuesto banco central europeo, que ha de ser parte de la fase final de la UEM.

Como sea que los gobernadores estaban también presentes en la reunión de Roma, hay buenas razones para sentirse confuso acerca de la evolución del proyecto de UEM.

Antes del verano todo parecía simple. El debate, entonces, estaba todavía muy influido por el informe Delors, que establecía un proceso de tres fases hacia la unión. La fase primera empezó el 1 de Julio con el compromiso de todos los países comunitarios de incorporarse al mecanismo de cambios del SME y de eliminar los controles de los movimientos de capital. La fase uno no se sabe cuándo va a terminar, pero todos los países, excepto Gran Bretaña, han aceptado el objetivo de la fase tres de establecer una moneda única y un banco central.

Pero resulta que los políticos han disentido ahora sobre la manera de seguir adelante, después de haber mostrado una unanimidad sorprendente y casi total en favor de las propuestas del informe Delors. Los técnicos -representados por los gobernadores de los bancos centrales- han dejado de lado, en cambio, según parece, pasadas reservas sobre la UEM y dan la impresión de hallarse unidos en defensa de una constitución para la entidad clave de la futura y eventual unión.

El acuerdo entre los gobernadores es impresionante. Después de la reunión de Basilea, Karl Otto Pöhl, el presidente del Bundesbank y presidente también del comité de gobernadores de bancos centrales de la CEE, manifestó que había consenso en

"prácticamente todos los puntos fundamentales" que afectan al banco.

Así, los gobernadores estuvieron de acuerdo en que el banco debe imponerse como prioridad esencial la estabilidad de los precios, en que debe ser independiente de los gobiernos y en que no ha de intervenir en la financiación de los déficit presupuestarios. El Banco Central Europeo -los gobernadores rechazaron el nombre de Eurofed- tendría una estructura de dirección similar a la del Bundesbank, con un comité ejecutivo central y un consejo en el que estarían representados todos los gobernadores de los bancos centrales.

Quedan por resolver algunos problemas difíciles tales como el volumen del capital del banco, la forma en que éste sería distribuido entre los bancos centrales y en qué medida debería constituirse un fondo común de reservas de cambio. Pero lo cierto es que tanto Pöhl como otros gobernadores daban la impresión de sentirse confiados, después de la reunión, en el sentido de que se espera que los estatutos puedan ser completados en Noviembre para poder ser presentados en la conferencia intergubernamental sobre la UEM que ha de celebrarse en Roma en Diciembre.

Por el contrario, la reciente reunión ministerial en Roma produjo un desasosiego considerable acerca del calendario que se ha de observar en el progreso hacia la UEM. Sólo Francia, Italia, Bélgica y Dinamarca apoyaron decididamente a Delors. Este quería pasar de la presente fase uno a la dos -en la que se ha de empezar el proceso institucional de una mayor integración- a principios de 1993, y luego a la fase tres- en la que han de hacerse realidad la moneda única y el banco central- poco tiempo después.

Pöhl, influido por la difícil experiencia alemana en materia de unión monetaria, había expuesto sus preocupaciones sobre cualquier precipitación en efectuar cambios institucionales del sistema monetario europeo en un discurso pronunciado en Munich, antes de la reunión de Roma. España, por su parte, sugirió en esta reunión una alternativa al rápido calendario de Delors, apuntando que el paso de la fase uno a la dos podía tener lugar a principios de 1994, y que esta fase dos debería durar cinco o seis años, con el fin de dar tiempo para que las economías de la CEE convergieran antes de llegarse a la fase tres y última del proceso.

Un representante de uno de los países partidarios de la vía rápida calificó la reunión de Roma como "un desastre".

La delegación del Reino Unido, en cambio, estaba eufórica ante la divergencia de puntos de vista que se había producido. Tal delegación se mostraba particularmente entusiasmada con la propuesta de Carlos Solchaga, el ministro de Hacienda español, de incorporar ciertos elementos del plan británico sobre el ecu fuerte y sobre el Fondo Monetario Europeo en la fase de dos de proceso. Ahora bien, John Major, el ministro británico, haría

bien en no exagerar su optimismo: ninguno de sus consocios de la CEE ha aceptado el ecu fuerte como posible alternativa a la moneda única o al banco central.

Tan importante como el problema de calendario fue la confusión que imperó a propósito del contenido de cualquier acción que pueda emprenderse más allá de la actual fase uno del programa para la UEM.

La fase dos, la que prepararía el terreno para la adopción de la moneda única y del banco central, estaba descrita muy vagamente en el informe original del comité Delors. La idea posterior del presidente de la Comisión de avanzar rápidamente en esta fase fue en realidad un intento de superar tal deficiencia. No deja de ser paradójico que el plan británico sobre el ecu fuerte constituya la propuesta más claramente formulada sobre el contenido de la fase dos.

Los ministros se encontraron con dificultades la semana pasada al enfrentarse con los dos difíciles problemas políticos de tener que ceder control de sus economías a medida que se entre en la fase institucional del proceso. Los gobernadores, en cambio, actúan en un plano más teórico, elaborando sus planes para un mundo en que la UEM sería un hecho. Así no es difícil redactar unos estatutos que le dan al banco central europeo la independencia de que disfruta el Bundesbank.

Los quebraderos de cabeza de los ministros constituyen el mejor indicador de la situación en que se encuentra el progreso hacia la UEM. Lo sucedido la semana pasada confiere una gran importancia a la reunión especial de los líderes de la CEE que ha de celebrarse en Octubre precisamente para analizar la UEM. En dicha reunión el papel central corresponderá probablemente a Helmut Kohl, el canciller alemán, que deberá decidir entre Pöhl, el defensor del DM y con quien las relaciones no son siempre cordiales, y Delors, más de su agrado pero cuyas prisas en relación con el proyecto de UEM podrían suponer un riesgo para la economía alemana.

EL INFORME DEL BUNDESBANK SOBRE LA UEM

(*Andrew Fisher en "Financial Times"*)

La intención de Karl Otto Pöhl, presidente del Bundesbank, no era torpedear la libra cuando hace pocos días advirtió a los periodistas que en opinión del banco central alemán cualquier progreso hacia la Unión Económica y Monetaria (UEM) debía ser cauteloso y meditado.

El mensaje de Pöhl se dirigía principalmente a Bonn. En

efecto, el informe presentado por el banco y los comentarios de su presidente estaban destinados a reforzar la posición de aquellos que, como es el caso del canciller Helmut Kohl, se inclinan por una marcha lenta, y a contrarrestar la de aquellos otros que, como Hans-Dietrich Genscher, el ministro de Asuntos Exteriores, se muestran a favor de una aceleración de la integración europea.

Ahora bien, la reacción asustadiza de la libra ante el mensaje ha puesto de manifiesto una de las conclusiones del informe: que las diferencias económicas entre los países miembros de la CEE no sólo no disminuyen sino que aumentan. Según el banco, las divergencias por lo que se refiere a la inflación, al déficit presupuestario y a los desequilibrios comerciales son particularmente significativos en el caso del Reino Unido, de Portugal y de Grecia (países no incorporados al Sistema Monetario Europeo), así como en el de Italia y España (que sí lo están).

Significativamente, según subrayaba también el informe, el ensanchamiento de los márgenes entre las economías de los distintos países es un reflejo "de las diferencias considerables que existen en las estructuras institucionales, en los criterios económicos básicos ("economic fundamentals") y en las actitudes de los empresarios y de los trabajadores".

Conclusión: "la prematura e irrevocable fijación de los tipos de cambio y la transferencia de competencias monetarias a las instituciones comunitarias supondría un gran riesgo para la estabilidad económica, en especial para Alemania".

Lo que quiere el Bundesbank es que el gobierno exprese estos puntos de vista en la próxima cumbre de la CEE. "Si éstos no se aceptan se perderá toda esperanza de que la unión monetaria produzca los resultados positivos que se esperan de ella".

El banco, en definitiva, desea que sean contractualmente garantizados los siguientes puntos:

- Básicamente, la UEM debe ser una unión económica abierta a terceros países y con una irrenunciable vocación antiinflacionista. Quedan por superar algunas deficiencias, en especial por lo que se refiere a la armonización de los impuestos indirectos, condición esencial para la supresión de los controles en frontera.

"Otro elemento indispensable de la unión económica es el compromiso por parte de todos los países de mantener una decidida actitud antiinflacionista". Como sea que la política financiera continuaría en manos de los Estados miembros, serían necesarios "unos arreglos contractuales (con normas obligatorias y con un repertorio de sanciones), adoptados en el marco comunitario y que aseguraran la disciplina presupuestaria de todos los países".

- En la última fase de la UEM la política monetaria sería formulada por un Sistema de Bancos Centrales Europeos (SBCE), el cual debería:

- * Dar prioridad a la estabilidad monetaria.
- * Tener garantizada su independencia.
- * Incorporar en su seno a los bancos centrales nacionales, los cuales dejarían de actuar autónomamente.
- * Disponer de un Consejo (que establecería los objetivos monetarios) y de un comité ejecutivo (que cumplimentaría las decisiones de aquél). Serían miembros del Consejo los gobernadores de los bancos centrales nacionales y los componentes del comité ejecutivo.
- * Contar con todos los instrumentos necesarios de la política monetaria.
- * Tener competencia exclusiva en la intervención en el mercado de cambios.
- * No estar obligado a conceder préstamos a las autoridades públicas.

"A causa de las importantes implicaciones políticas, el estatuto del SBCE y las reglas de disciplina presupuestaria deberían ser especificadas en el Tratado", dice el informe.

Antes de alcanzar la fase final de la UEM, a juicio del Bundesbank, debería transcurrir un largo proceso de transición. Al final de éste deberán cumplirse las siguientes condiciones:

- Las políticas antiinflacionistas deben haber acercados los resultados de forma que se hayan eliminado las diferencias de los precios, que hayan sido reducidos a un nivel tolerable los déficit presupuestarios y que los tipos de interés se hallen armonizados.

- Los miembros de la UEM deber haber participado plenamente en el mecanismo de cambios del SME y liberalizado los movimientos de capital.

- Los estatutos de los bancos centrales nacionales han de haber sido armonizados de forma que todos ellos puedan ser partes integrantes del SBCE. Esto incluiría los instrumentos de la política monetaria.

- Los arreglos contractuales sobre disciplina presupuestaria en todos los países miembros deben tener un marco comunitario.

- El programa de mercado único debe haber sido realizado en su totalidad, incluyendo la supresión de los controles en frontera.

Con el fin de facilitar el acceso a la fase final de la UEM, el Bundesbank estima que deben intensificarse los esfuerzos de coordinación de las políticas monetarias. Los instrumentos de éstas han de armonizarse paulatinamente, debe asegurarse la independencia de los bancos centrales, han de reducirse los déficit fiscales y el ecu, como cesto de las monedas comunitarias, ha de ser fortalecido estableciendo que no podrá devaluarse frente a ninguna moneda nacional.

El Bundesbank rechaza los calendarios y cree, por el contrario, que la progresión "depende de la cumplimentación de las condiciones económicas y de la política económica previamente establecidas".

Según Pöhl, los requisitos formulados por el Bundesbank son indispensables, no optativos. El banco sólo podría considerar la posibilidad de ceder sus facultades sobre el DM y de transferir sus actuales competencias a una institución comunitaria si el nuevo sistema fuera "por lo menos tan bueno como el que ahora existe".

LA VISITA DE JOHN MAYOR A LISBOA Y MADRID

("The Economist")

¿Podría despejarse el camino hacia la Unión Monetaria Europea (UME) a través de la ayuda regional?. Algunos de los países más pobres de la Comunidad están preocupados porque creen que no van a recibir de Bruselas la ayuda necesaria para poder resistir los efectos de la Unión. John Major, el ministro de Hacienda británico, se propone astutamente exacerbar tales temores, en un intento de encontrar aliados para su idea de crear un "ecu fuerte" que coexistiera con las monedas actuales.

Los británicos contemplan el "ecu fuerte" como una manera de aplazar la decisión de fijar definitivamente los tipos de cambio (la fase tercera del plan Delors). Algunos de los países del Sur comunitario son también reacios a cualquier precipitación hacia la Unión Monetaria. Los días 4 y 5 de Septiembre John Major ha de visitar Lisboa y Madrid, donde espera sacar algún provecho del malestar que se sintió en estas capitales cuando Carl Otto Pöhl, el presidente del Bundesbank, sugirió hace algún tiempo que los europeos del Norte (excepto Gran Bretaña) podrían avanzar

rápidamente hacia la UME, dejando que los otros se incorporaran más adelante. Ahora bien, los países del Sur europeo no desean en absoluto convertirse en socios de segunda categoría. Todo ello, en definitiva, podría hacer que dichos países vieran en la idea de Major un medio para el mantenimiento de la unidad.

Los países más pobres de la CEE temen tener que soportar reducciones salariales y desempleo una vez que no les es posible devaluar sus monedas para recuperar la competitividad. Por esto desean que la UME vaya acompañada de un fuerte incremento de los "fondos estructurales" comunitarios, es decir, del dinero que se utiliza en concepto de ayuda regional y social.

Resulta, sin embargo, que Jacques Delors, el presidente de Comisión Europea, se ha negado a ligar la UME con la posibilidad de una ayuda superior. No ha querido asustar a los países más ricos (tales como Alemania y Gran Bretaña), que se resisten a proporcionar más fondos estructurales. Delors, mientras tanto, les dice a los países del Sur comunitario que, en cualquier caso, tales fondos se van a doblar entre 1989 y 1993, y que puede que incluso sean nuevamente aumentados en 1992. Este año, la ayuda regional representará más de una cuarta parte del presupuesto de la CEE.

Pero esto no basta para colmar los deseos de los países del Sur, e insinúan estos que exigirán más ayuda como condicionante para su aceptación de la Unión Monetaria. Mayor intentará hilvanar una alianza frente a la UME en la que figurarían un país contrario a una mayor ayuda como Gran Bretaña y aquellos que piden un aumento de los fondos para la promoción regional y social.

Bruce Millan, el comisario regional (y escocés), ha presionado cerca de Delors defendiendo a los países más pobres. A su juicio los fondos estructurales deberían extenderse a nuevas áreas tales como la salud, la educación y los subsidios al desempleo (en el presente la ayuda se dirige sobre todo a la infraestructura y a la industria). También propone transferencias presupuestarias directas de los miembros más ricos a los más pobres, de la misma forma que ocurre entre los "Länder" en la Alemania Federal.

Habiendo observado que ahí había una posible amenaza contra la UME, Delors ha variado de táctica recientemente, y propone un fondo especial que serviría para hacer préstamos a corto plazo a los países que encontraran dificultades para adaptarse a las exigencias de la Unión Monetaria. El fondo, v.g., prestaría 300 millones de ecus a Portugal para aliviarle el dolor de las reducciones del gasto público, y esto siempre que el gobierno portugués cumpliera con las condiciones de la política comunitaria.

Pero Delors no contempla recursos adicionales de ningún tipo para hacer frente a los problemas más profundos del atraso económico. Su inclinación por la ayuda a corto plazo refleja un

reciente trabajo realizado por los economistas de la Comisión, no publicado, sobre el impacto probable de la UME. Este estudio llega a la conclusión de que las regiones más atrasadas de la CEE serían las que más ganarían con los tipos de cambio fijos, y esto a través de unos menores tipos de interés y de una inflación inferior, así como de un comercio exterior y de una inversión superiores. Por ejemplo, una empresa alemana que pensara hacer una inversión en Grecia tendría una idea más clara de sus costes en los próximos diez años si supiera que al dracma no sería devaluado durante todo este tiempo.

La devaluación, reconocen los citados economistas, puede ser un instrumento útil para ayudar a un país a ajustarse después de un contratiempo, y la transición hacia la UME proporcionará no pocos momentos difíciles y contratiempos a las economías de los países más pobres. Ahora bien, a largo plazo, según el estudio, los países no lamentarán la pérdida de la libertad de devaluar. Los autores del trabajo han comparado las tasas de crecimiento de los doce países miembros con las alteraciones de sus monedas respectivas a lo largo de 15 años, hasta 1988. La conclusión es que no existe una relación significativa entre crecimiento y devaluación.

Ocurre que todo esto proporciona un argumento magnífico para defender la idea de Delors de un nuevo fondo destinado a proporcionar una ayuda transitoria a los países más pobres. Este fondo podría persuadirles para que firmaran la Unión Monetaria. Pero esto no ocurrirá antes de que Gran Bretaña haya intentado ganarse a unos aliados en el Sur.

COMPAS DE ESPERA PARA LA UEM

(*"Financial Times"*, edit.)

John Major tiene razón al sentirse satisfecho por los resultados de las reuniones celebradas días pasados por los ministros de Hacienda de la Comunidad Europea. Por supuesto, no ha convencido a sus colegas de los méritos del plan británico para la creación de un "ecu fuerte". Tampoco les ha persuadido de que no sea deseable una moneda única controlada por un banco central independiente.

Lo que ha cambiado es el debate sobre el calendario. Salvo en el caso de que los jefes de gobierno cometan el error de imponer una decisión puramente política a sus ministros de Hacienda, el sueño de Jacques Delors de iniciar la segunda fase de la Unión Económica y Monetaria (UEM) el 1 de Enero de 1993 es muy poco probable que se realice.

Este cambio de actitud representa una victoria del sentido común. También supone la adopción por cada uno de los países miembros de una actitud matizada en la que se valoran más sus intereses nacionales individuales.

Portugal y Grecia, por ejemplo, contemplan la UEM como algo posible sólo si pueden contar con unas mayores transferencias de ayuda regional. Carlos Solchaga, el ministro de Hacienda español, ve ahora que una moneda única sólo será posible hacia el año 2000. Su pensamiento sobre esta cuestión habrá sido influido por las dificultades que su país encuentra para adaptarse a las exigencias del mecanismo de cambios del Sistema Monetario Europeo. Por otra parte, Alemania y Holanda temen que cualquier precipitación hacia la UEM ponga en peligro la estabilidad monetaria de que ya disfrutaban.

No puede sorprender que sean Bélgica, Dinamarca, Francia e Italia los países que, solos, siguen dispuestos a aceptar el calendario de Delors. Para estos países, la UEM representa una manera de recuperar la influencia sobre las políticas monetarias nacionales que han perdido como consecuencia de participación en el SME.

La reaparición de viejas dudas no significa, sin embargo, que el plan operativo británico haya ganado adeptos. Lo que significa es que lo que supone la UEM en lo económico influye una vez más en la política.

Varios gobiernos, en efecto, reconocen ahora que el establecimiento prematuro de unos tipos de cambio fijos puede dar lugar a severos desajustes en el seno de la CEE. Tales desajustes conducirían a la política monetaria global de la Comunidad hacia una senda inflacionista, o bien obligarían a la enorme expansión de una costosa (y probablemente ineficaz) política regional.

Consecuentemente, lo más probable es que, en adelante, se insista más en la necesidad de una mayor convergencia, como paso previo hacia la UEM. Este mayor énfasis puesto en la convergencia satisfaría al Bundesbank, el cual ha expresado repetidamente el deseo de un periodo durante el cual la estabilidad de los cambios pueda ser puesta a prueba. Ahora bien, a pesar de este éxito, Major no ha conseguido inclinar al Bundesbank en favor de la causa del ecu fuerte.

El Bundesbank, en efecto, entiende que cualquier moneda paralela complicaría las cosas. Si Major desea vender el ecu fuerte ante tanta resistencia debe proponer que el Fondo Monetario Europeo que sugiere esté dotado de la independencia que el Bundesbank exige para el Eurofed. Más aún: el gobierno británico debería aceptar el objetivo a largo plazo de una sola moneda que fuera controlada por un banco central independiente.

Sea como fuere, las propuestas británicas son sólo un camino hacia la UEM. Una alternativa es la Europa de dos

velocidades que el Tesoro rechaza. Países miembros que se hallan ya en un tren propulsado por la locomotora alemana quieren sentarse en el asiento del conductor. Si países como Bélgica, Dinamarca, Francia, Holanda y tal vez Italia convencen a Alemania de que participe con ellos en la creación de una moneda única, el resultado podría ser una unión que integrara a toda la CEE, más que un obstáculo para la misma.

El éxito de Major, en cualquier caso, ha sido algo personal, obra de su sentido común, atributo que no siempre se da en los enfoques británicos de los problemas de la CEE. Major, en efecto, conseguiría mucho más si aceptara el objetivo de una sola moneda. Y todavía reforzaría la credibilidad de sus propuestas si anunciara que el ecu fuerte podría ser utilizado, con efectos fiscales, en la contabilidad de las empresas del Reino Unido.

Sea como fuere, se acaba de iniciar un debate serio sobre los próximos pasos que han de darse. Los jefes de gobierno no deberían desautorizar a los ministros de Hacienda. El imperativo político del "UEM ya" puede significar una UEM precipitada.

"Le Monde", por su parte, publica el siguiente comentario de Marcel Scotto sobre el mismo tema anterior.

Habrá bastado que Saddam Hussein desencadene una crisis internacional para que el proyecto europeo de Unión Económica y Monetaria ralentice su marcha. La duda y la desconfianza han hecho acto de presencia en Roma, el 8 de Septiembre, digan lo que digan Delors y los ministros de Hacienda de los doce países comunitarios.

Las incertidumbres derivadas de la crisis del Golfo llevan a cada uno de los países de la CEE a reaccionar en función de sus intereses nacionales. Por esto el juego, en Roma, ha consistido en introducir confusión, hasta el punto de que se ha mezclado todo alegremente a propósito del concepto mismo de la Unión, y esto con el pretexto de seducir a los británicos, siempre reservados.¹

En realidad, sólo Bélgica defendió sin ambigüedad el plan Delors. Por su parte, el presidente de la Comisión de Bruselas se mantuvo a la reserva, con el fin de no hipotecar el futuro. Cada vez que la Comunidad encuentra dificultades asoma la tentación de acudir a Kohl. Bruselas y París, en efecto, ponen toda su esperanza en el canciller para eliminar las reticencias del ministro de Hacienda alemán y del presidente del Bundesbank.

¹ En otro comentario del mismo número de "Le Monde", Marcel Scotto escribe: "A Delors, obviamente, no le ha gustado que Solchaga haya introducido tanta confusión ("brouille ainsi les cartes"). Sería sorprendente que no pida explicaciones a González de aquí a la próxima reunión de jefes de Estado y de gobierno. Bérégovoy considera la actuación de Solchaga como una simple peripecia".

Es difícil, sin embargo, basar una estrategia tan ambiciosa en la voluntad de un solo hombre. ¿Hasta cuándo podrá Kohl decidir en favor de sus interlocutores europeos contra la voluntad de una parte substancial de las fuerzas políticas de la República Federal?. Alemania, en libertad vigilada durante cuarenta y cinco años, ¿aceptará perder una parte substancial de su soberanía recién recuperada?.

Este es el problema que se le plantea a la construcción europea.

ESPAÑA Y LA UEM, SEGUN "THE WALL STREET JOURNAL"

Nicholas Bray publica el siguiente comentario en el número de "WSJ" de 14-15 de Septiembre.

El nuevo punto de vista de España sobre el proyecto de Unión Económica y Monetaria refleja una profunda preocupación sobre el dinero, según se cree saber. Si la CEE se precipita hacia la Unión Monetaria antes de que sus miembros se pongan de acuerdo sobre un sistema común de imposición sobre las inversiones de capital, algunos países, España incluida, pueden sufrir una fuerte huida de fondos.

Esta preocupación, se asegura, fue uno de los principales factores que explican el cambio de posición de España respecto a la UEM que se produjo hace unos días en la reunión de los ministros de Hacienda en Roma.

En esta reunión, España -hasta ahora uno de los más firmes defensores de los planes para que la segunda fase del proceso hacia la UEM empezara coincidiendo con el inicio del mercado único- sorprendió a sus consocios diciéndoles que no se podía ir tan deprisa. En vez del 1 de Enero de 1993, el ministro Solchaga propuso el primero de enero de 1994 como fecha para el comienzo de una modificada segunda fase.

Por otra parte, Solchaga defendió la tesis del ministro británico Mayor en favor de un "ecu fuerte" como moneda número 13, moneda que sería emitida por un fondo monetario europeo independiente.

Solchaga abogó asimismo por un periodo de cinco o seis años entre las fases dos y tres, en vez de un periodo más breve. La propuesta española significaría que la Unión Monetaria plena no se alcanzaría más que en el año 2000. En la tercera fase, dijo

el ministro español, el "ecu fuerte" se convertiría en la moneda única de la CEE.

La intervención del ministro Solchaga ha dado lugar a mucha especulación sobre las razones que han llevado a España a un cambio tan espectacular de posición, y ha motivado que se produjeran acusaciones por parte de los partidarios de un proceso más rápido, los cuales ven ahora que todas sus esperanzas puedan verse frustradas.

Algunos analistas han querido ver que la causa de todo ello es la nueva situación resultante de la crisis del Golfo, que habría acentuado el pesimismo de las autoridades españolas. Las nuevas circunstancias, se ha dicho, han puesto de manifiesto las debilidades de la economía del país.

En un discurso muy crítico pronunciado hace unos días en Strasburgo, Delors insistió en que la Unión Monetaria es más necesaria que nunca, precisamente por los problemas planteados por el conflicto del Golfo. Por consiguiente, en vez de retrasar la realización del proyecto lo que se ha de hacer es acelerarlo, razón por la cual, añadió Delors, él esperaba que los jefes de gobierno presionaran en tal sentido.

Los políticos y funcionarios españoles, heridos por lo que consideran una incorrecta interpretación de su postura, negaron que se hubieran debilitado sus compromisos en favor de la unión. Por el contrario -dijeron- al buscar la manera de conciliar la posición de Gran Bretaña con la de los otros miembros de la CEE, y al proponer medidas y fechas concretas para alcanzar la tercera fase, lo que se ha hecho ha sido reforzar un proyecto que hasta ahora había sido más bien vago.

Sea como fuere, las autoridades españolas estiman que el principal obstáculo que encuentra la unión es, entre otros, la falta de armonización fiscal que facilite la convergencia de las economías de la CEE.

Lo que pueda ocurrir en adelante con el debate sobre la UEM se verá con mayor claridad después de la reunión de los ministros de Asuntos Exteriores de la CEE que debe celebrarse en Venecia el próximo mes. Por lo demás, la nueva actitud de España puede fortalecer su posición en cuanto a sus peticiones en favor de una mayor flexibilidad por parte de otros gobiernos en cuanto a la imposición sobre el capital.

Por ahora, con todo, parece poco probable que pueda superarse el conflicto entre los partidarios de un proceso rápido (Francia e Italia sobre todo) y los cada día más numerosos defensores de las tesis que sugieren una mayor cautela.

Una conferencia intergubernamental sobre la Unión Monetaria debe celebrarse en Roma en Diciembre. Los jubilados representantes británicos han manifestado ya que el cambio de posición de España hará posible que tal conferencia sea realmente útil.

URSS: QUE VENZA EL MEJOR

(*"The Economist"*)

08.09.90

Es una dacha de los alrededores de Moscú, un equipo de ocho economistas ha estado comiendo, durmiendo y trabajando seis días a la semana en un nuevo plan de reforma de la economía de la Unión Soviética. Muchas mañanas, el equipo se ha desplazado para informar a Nikolai Ryzhkov, el primer ministro soviético. El resultado de todo ello ha de ser una versión modificada del programa que Ryzhkov no consiguió ver aprobado en el parlamento hace unos meses. Ahora bien, si Boris Yeltsin, el presidente de la república rusa, puede hacer prevalecer sus puntos de vista, todo ese trabajo habrá sido en balde.

Yeltsin, desde luego, tiene su propio y atrevido plan de reforma, elaborado por otro equipo de economistas, éste encabezado por Stanislav Shatalin, una figura eminente entre los reformadores soviéticos. Shatalin tiene una complexión débil (le falta un pulmón y recientemente tuvo un ataque al corazón), pero también un gran valor, y se mueve entre sus dos grandes pasiones: la economía y el fútbol. Shatalin, por lo demás, ejerce un hábil papel de intermediario entre las dos grandes estrellas de la política soviética, Yeltsin y Gorbachev, y cuenta con el respeto de ambos. Gorbachev le designó como uno de los 16 miembros de su Consejo Presidencial; Yeltsin tuvo la suerte de que le presidiera el equipo que está revisando su programa que ha de llevar en "500 días" a Rusia a la economía de mercado, adaptándolo además para que sirva para toda la Unión Soviética. La semana pasada el programa del equipo de Shatalin fue presentado al parlamento de la república rusa.

¿Por cuál de los dos equipos se inclinará Gorbachev?. En los últimos días ha estado intentando recoger lo mejor de los programas de ambos, pero la verdad es que el tiempo para los compromisos parece haber terminado. Según Yeltsin, los dos enfoques son incompatibles, razón por la cual pide la salida de Ryzhkov del gobierno, al tiempo que amenaza con aplicar el programa de Shatalin a la república rusa a partir del 1 de Octubre, con independencia de lo que haga el resto de la Unión.

El programa de "500 días" está previsto que funcione de la siguiente forma:

- Días 1 al 100. Se crearía un comité económico constituido por las diferentes repúblicas, destinado a coordinar la reforma. Tal comité daría cuenta a Gorbachev de sus activida-

des. Estaría por encima de los múltiples ministerios de Moscú, los cuales, en su mayoría, irían desapareciendo paulatinamente. Empezaría la venta de las propiedades del Estado. Los agricultores podrían dejar las explotaciones colectivas quedándose con cierta extensión de terreno. Se reduciría el gasto público. Así, v.g., la ayuda exterior disminuiría el 76%; el presupuesto de defensa, el 10%; la hasta ahora intocable KGB, el 20%. Se introduciría un sistema bancario constituido fundamentalmente por un banco federal formado por los bancos comerciales, por otro, éstos surgidos de los bancos especializados del Estado. Durante el año 1991 se liberalizarían muchos precios, aunque no los de los productos de mayor consumo. Existiría un solo tipo de cambio para el rublo, que sería la única moneda de curso legal de la Unión.

- Días 200-250. La liberalización de los precios y la reducción del gasto deberían introducir cierto equilibrio en el mercado. La indiciación salarial empezaría a mediados de 1991. El número de sociedades por acciones ("joint-stock companies"), formadas sobre la base de las grandes empresas nacionalizadas, llegaría a las 1000 ó 1500. Alrededor de la mitad de las pequeñas tiendas y de los cafés y bares serían privatizados.

- Días 250-400. Hacia el final de este periodo alrededor del 40% de la industria transformadora, la mitad de la industria de la construcción y el 60% del comercio deberían haberse convertido en sociedades por acciones, enajenadas o arrendadas. Se crearía un mercado de cambios con la idea de hacer convertible al rublo.

- Días 400-500. Al final del proceso, el 70% de las industrias transformadoras y el 90% de la industria de la construcción y del comercio al por menor deberían haber dejado de pertenecer al Estado.

Este calendario es enormemente ambicioso. Esta es una de las tres principales características del programa de Shatalin que lo distinguen del de Ryzhkov. La versión de éste empieza con la estabilización macroeconómica, en parte a través de elevaciones de los precios, y retrasaría la supresión de muchos de los controles centrales hasta 1992. El plan Ryzhkov revisado, según parece, acepta plenamente la introducción de la propiedad privada, pero carece del impulso decidido hacia la economía de mercado que distingue al programa de Shatalin. Esta es la segunda gran diferencia entre ambos.

Gorbachev podría aspirar a allanar esas diferencias entre ambos planes si no fuera por la tercera característica que los separa. Esta se refiere a las relaciones entre el centro y las repúblicas. Según el plan Shatalin, las repúblicas delegarían -probablemente de forma limitada- la autoridad económica al centro. Ryzhkov, en cambio, quiere conservar más autoridad para la autoridad central. Aunque Gorbachev quisiera situarse al lado del primer ministro en este punto, lo más probable es que tenga que ceder. En la lucha que se está desarrollando entre el centro

y las repúblicas por el control de los precios, por los impuestos, por la moneda y por los recursos estratégicos como el petróleo, la posición más fuerte parece ser la de Yeltsin, en especial por circunstancia de su popularidad personal y por el peso de la república que él preside ya que, como vimos, amenaza con aplicar el plan Shatalin por su propia cuenta.

Si Gorbachev no consigue un rápido acuerdo con Yeltsin la confusión puede llegar a extremos nunca vistos. Si la república rusa y el gobierno central adoptan decisiones distintas o contradictorias, ¿cuáles de ellas prevalecerán?; ¿quién controlará los precios del petróleo ruso, de su oro, de sus diamantes?. Los banqueros y empresarios extranjeros pueden encontrar enormemente complicado tratar y negociar con Moscú.

La solución, en cualquier caso, requiere urgencia. Como es sabido, se producen escaseces incluso de pan, y nadie sabe si la culpa es de la distribución, o de los agricultores, o de quien. Pero lo que más sorprende es que esto ocurra en un año en que el país ha obtenido una cosecha récord.

Bajo el título "El fin del comunismo" "Financial Times" publica el siguiente editorial.

Setenta y tres años después de la Revolución de Octubre de Lenin, la Unión Soviética va a abandonar formalmente el comunismo. Esto ocurrirá el próximo día 1. Esta es, en esencia, la decisión sobre la reforma económica que Michail Gorbachev anunció por televisión esta semana.

Dado el significado de este compromiso, lo sorprendente del debate político que se acaba de celebrar no ha sido la confusión, sino la relativa unidad y la compostura. La decisión de Gorbachev de dar su apoyo al plan Shatalin para una reforma radical puede o no traducirse en la renuncia de Nikolai Ryzhkov, el primer ministro, pero lo más probable es que hayan disminuido los peligros políticos a que aquél deba hacer frente.

El radicalismo económico le ha hecho posible al presidente soviético establecer una alianza con Boris Yeltsin, el presidente del parlamento ruso, lo que debería permitirle conseguir también la colaboración de otros líderes de las repúblicas. El plan Shatalin, en efecto, supondrá para las 15 repúblicas constituyentes la posibilidad de firmar un acuerdo de cooperación económica dentro de los próximos meses. Dado que este acuerdo se construirá alrededor del libre comercio y de la delegación voluntaria de poderes en favor de Moscú, permitirá a las repúblicas reforzar sus pretensiones soberanas al mismo tiempo que preservará la interdependencia de la que depende su sobrevivencia económica, por lo menos a corto plazo.

Esta fórmula apunta a un nuevo tipo de Unión Soviética, más parecido a la comunidad Europea que a los Estados Unidos. Quedarían sin resolver cuestiones sensibles de política exterior y de defensa; pero si la unión económica llegara a funcionar, se asegurarían los vínculos entre algunas de las repúblicas, por lo que la retirada de unas pocas no resultaría fatal.

¿Pero no puede producirse en el seno del gobierno un revuelo que amenace con provocar una crisis política antes incluso del inicio del plan Shatalin?. El intento inoportuno de Ryzhkov de poner al país contra el radicalismo tenía todas las apariencias de ser una de las interminables tretas tácticas de Gorbachev. Porque Ryzhkov puede que sea alguien sin excesiva importancia, pero representa a un grupo de presión poderoso: la élite burocrática y tecnológica más directamente amenazada por el desmantelamiento de la planificación central. Junto con el aparato del partido, estos grupos ministeriales y corporativos constituyen el obstáculo más serio que se opone a la reforma.

El presidente Gorbachev podría haber desautorizado a Ryzhkov en privado, pero probablemente convenía más a sus fines dejar que se manifestara ante su público una última vez. De la misma forma que el espectáculo televisado del Congreso del Partido en Junio fue un elemento fundamental para el descrédito de los reaccionarios del mismo Partido y para que éste cediera en su control del gobierno, el presidente Gorbachev puede esperar ahora que el rechazo categórico de Ryzhkov por parte del parlamento contribuirá al desarme de la oposición burocrática.

Naturalmente, sería preferible que pudieran evitarse todas estas maniobras. Resultan aparatosas y confunden tanto al ciudadano soviético como a la comunidad internacional. Es más, el énfasis que se pone en las cuestiones tácticas distrae la atención de las cuestiones de estrategia, que todavía quedan ahí, sin resolver.

Hasta que el plan Shatalin no sea publicado completo debe reservarse todo juicio sobre su viabilidad económica y política. Cuando se conozcan los detalles, en especial por lo que se refiere al programa preliminar de estabilización, la comunidad internacional deberá decidir el papel que le corresponde representar en ayuda de la histórica transición. Este papel podría resultar vital no sólo como contribución a la estabilización sino como medio de evitar que la nueva Unión Soviética se desintegre.

La verdad es que tanto los líderes soviéticos como los de las repúblicas dan muestra preocupantes de subvalorar los sufrimientos que esperan a sus gentes en un futuro inmediato. Tal vez sea una cuestión de táctica también: cuando se salta desde un edificio en llamas no se pierde nada con cerrar los ojos.

Sea como fuere, es evidente que en los próximos años el pueblo soviético necesitará una dirección fuerte e inspirada, a

parte de un delicadísimo tacto.

LA REVOLUCION DESDE ARRIBA

(*"Financial Times"*, edit.)

Los pueblos de la Unión Soviética están a punto de vivir su segunda revolución de este siglo. Al igual que la primera, será una respuesta al descontento popular. Al igual que la primera, surgirá de una situación de bancarrota del "ancien régime". Al igual que la primera, reflejará las convicciones de un sector estrecho de intelectuales. Y también al igual que la primera, no conseguirá alcanzar todos sus objetivos.

El plan presentado por el profesor Stanislav Shatalin no conseguirá transformar la economía soviética en una verdadera economía de mercado en una década, y no digamos en 500 días. Pero puede crearse la infraestructura de una economía libre y la economía puede ser descentralizada, todo ello sin una hiperinflación, sin un paro masivo y sin una guerra civil. Si se consigue esto el programa habrá sido un gran éxito. Cualquier cosa adicional sería una apoteosis.

Cinco años de perestroika han mostrado que la premisa de ésta era falsa. El socialismo soviético es en realidad un desvío en la ruta que lleva del capitalismo al capitalismo en un viaje de ida y vuelta. El hecho de que Mikhail Gorbachev haya llegado a esta conclusión es una prueba de que resultaba inevitable. Dados sus antecedentes y su posición, pocos habrían llegado a ella tan a disgusto.

Los 500 días en los que el presidente Gorbachev y Boris Yeltsin pretenden rehacer la Unión Soviética deben interpretarse tan literalmente como los seis días en que Dios creó el universo. El quid está en determinar si el programa tiene sentido.

Desde muchos puntos de vista, la respuesta es afirmativa. La estabilización no es una tarea desprovista de toda esperanza. El ahorro monetario medio de los 80 millones de familias con depósitos en las cajas de ahorro era sólo de 4.300 rublos (4.300 libras al cambio oficial) a principios de año, lo que equivale a una vez y media el salario medio anual. Resulta difícil creer que el ciudadano soviético piense que su riqueza es excesiva.

Son formas alternativas de riqueza las que se necesitan, y esto es lo que las autoridades pueden proporcionar rápidamente. Por ejemplo, viviendas y tierras agrarias pueden ser vendidas a bajos precios. Pero aunque los precios fueran muy bajos, los efectos serían grandes en la excesiva oferta monetaria. Si el

exceso de ésta fueran 300 m.m. de rublos y cada familia pagara 4.000 rublos por adquirir su vivienda, se eliminaría la totalidad de dicho exceso.

La supresión del déficit presupuestario será más difícil. Pero las autoridades soviéticas han recibido una ayuda muy oportuna. La economía, en efecto, debería obtener unas ganancias de 15 m.m. de dólares resultantes de la conversión del comercio del Comecon de rublos a monedas duras. Por otra parte, si el precio del crudo fuera a mantenerse por encima de los 25 dólares el barril, los beneficios así resultantes se situarían en otros 15 m.m. de dólares. Además, con la derrota de la facción tecnocrática encabezada por el primer ministro Nikolai Ryzhkov la inversión a largo plazo puede aplazarse en alguna medida, por lo menos hasta que la reforma sea una realidad.

La Unión Soviética posee también reservas monetarias exteriores y metales preciosos. Todo esto debe ponerse ahora al servicio de la estabilización. Tiene poco sentido guardarlo para el futuro. Si este programa fracasa no habrá futuro. Lo mismo es cierto para el endeudamiento exterior: los soviéticos deberían pedir prestado todo lo que puedan obtener.

Los dolores de la transición pueden resultar aliviados con la provisión subsidiada y racionada de determinados bienes de consumo. Pero el presente plan es a la vez demasiado ambicioso y excesivamente caro. El control de los precios debe limitarse a los productos más sensibles políticamente. De lo contrario será imposible controlar el déficit presupuestario y la inflación resultará inevitable.

La estabilización puede ser difícil, pero la experiencia polaca muestra que la privatización y la introducción de la competencia son casi imposibles. Lenin y Stalin crearon el proletariado casi de la nada. Ahora, una pequeña burguesía debe del mismo modo ser creada de la nada.

La expansión de la economía de mercado será la obra, sobre todo, de la proliferación de los pequeños negocios, en especial de los que ofrezcan servicios. Deben ser eliminados los obstáculos a su creación y desarrollo. Además, deberían distribuirse profusamente acciones participativas de las grandes empresas, mientras que las empresas y explotaciones agrarias pequeñas ya existentes convendría darlas, simplemente, a aquellos que pudieran hacerlas funcionar y trabajar.

El paso de una demanda dictada por los planificadores a una demanda procedente de los consumidores supondrá distorsiones. Ahora bien, para un país tan grande como la Unión Soviética la liberalización del comercio puede ser aplazada hasta después de la reforma de la propiedad. La autarquía temporal reducirá el desajuste inmediato. A continuación, la expansión de las exportaciones debería ir "pari passu" con la liberalización comercial.

El interés de Occidente por el éxito de la descentralización política y económica de la Unión Soviética es sólo ligeramente menor que el de los propios soviéticos. Al lado de lo que ocurriría si el país fuera a desintegrarse en una guerra civil, con asesinatos en masa y movimientos masivos de población, lo que sucede en Irak parecería un mero pasatiempo. Ahora bien, si el programa parece realizable, debería ofrecerse ayuda en forma de créditos "standby" ligados a actuaciones o programas específicos. Las sumas requeridas serían importantes -no inferiores a los 30 m.m. de dólares- pero la recompensa de una transición pacífica a la economía de mercado y a la descentralización política superaría con creces cualquier coste económico.

Aquí se halla la gran diferencia entre la revolución actualmente en ciernes y la revolución que puso en marcha Lenin. Esta de ahora es la última posibilidad de algo que se parezca a una evolución pacífica de la Unión Soviética. Nadie necesita ser advertido de los enormes obstáculos que se oponen al éxito, sean éstos la historia del país o la psicología de sus gentes. Pero el caso es que no hay otra alternativa que intentarlo.

STANISLAV SHATALIN, PROFESOR DE ECONOMIA PRIVADA

(Carroll Bogert, en "Newsweek")

Si la economía soviética consigue transformarse y reponerse, está claro de quién será el mérito: del enclenque y medio calvo profesor de economía que no tenía otro deseo que permanecer en un segundo plano en el debate legislativo de la pasada semana. Pero a Stanislav Shatalin apenas le dejaron permanecer sentado. Llamado ante el Soviet Supremo para contestar preguntas Shatalin hizo una acalorada defensa de su plan destinado a liquidar el socialismo y a establecer una economía de mercado en 500 días. "Todos ustedes preferirían escuchar las dulces canciones de otras épocas", dijo el profesor. "Pero el caso es que hay muchas cosas malas debajo de esas melodías". ¿Se responsabilizará del hambre, del sufrimiento y de las distorsiones sociales que pueden resultar de su plan?. "Sí, lo haré, moral e incluso criminalmente, si es necesario", exclamó antes de dejar el podio.

Designado miembro del consejo de asesores de Gorbachev -el llamado Consejo Presidencial- en Marzo, Shatalin, a sus 56 años, se ha situado a la cabeza de la revolución económica soviética. Esto satisface a los economistas occidentales, uno de los cuales describe a Shatalin como "una de las pocas, poquísimas personas de la Unión Soviética que realmente sabe lo que es el mercado". Portavoz del claustro de economistas de la Academia Soviética de Ciencias, Shatalin es conocido desde hace años como un ardiente defensor de la economía de mercado. "Otros han salido en defensa

del sistema de libre empresa ahora que está de moda", dice un economista de Moscú. El caso de Shatalin es distinto, pues ha estado escribiendo en favor del sistema desde hace años".

En los viejos y sombríos tiempos de Brezhnev esto no resultaba fácil, pero Shatalin encontró siempre la manera de hacerlo. Incluso en sus conferencias en la Universidad del Estado de Moscú, en una etapa óptima del funcionamiento de la economía socialista, en los años 70, el profesor se las arregló para exponer con claridad sus teorías sobre la economía de mercado. "Hablaba de racionalismo y de eficacia, y utilizaba ejemplos prácticos. Siempre dijo lo que quiso", recuerda un viejo alumno, el cual añade: "nunca se hizo atrás. Los estudiantes le adoraban".

Tres veces fue Shatalin expulsado del Partido Comunista, y las tres veces fue readmitido, sin necesidad de rectificación alguna, y esto gracias, según se cree, a la mediación de un tío suyo situado en las altas esferas del partido. Ahora no quiere comentar por qué fue expulsado -"hubo muchas razones", dice- pero hace observar que "en la actualidad no sólo soy miembro del partido. También soy miembro del Comité Central".

Gorbachev se decidió en favor de Shatalin en una reunión de economistas importantes en el otoño de 1989, y Boris Yeltsin, el primer dirigente de la República Rusa, pronto vio en el profesor uno de los principales y más reconocidos expertos en economía de mercado. Con todo, y a pesar de su repentina preeminencia, Shatalin preserva con ardor su independencia. "No soy un asesor de Gorbachev. Soy miembro del Consejo Presidencial, lo cual es muy diferente", afirma el profesor. "Tampoco soy un asesor de Yeltsin", añade. Aunque agotado por el politiquero que se ha necesitado para conseguir que su plan vaya a ser aprobado por el Soviet Supremo, Shatalin no hubiera aceptado ningún otro procedimiento para su aceptación. Shatalin, en efecto, siempre ha preferido el camino democrático, más aburrido y más lento, a la posibilidad de que la economía de mercado fuera introducida por decreto.

Si bien muchos liberales querrían ver a Shatalin en el puesto de primer ministro, él asegura que en ningún caso aceptaría el cargo. Una de las razones es su delicada salud. Empedernido fumador en otros tiempos, perdió un pulmón por culpa del cáncer, y la enfermedad ha hecho que su rápido discurso haya llegado a ser algo defectuoso. En Julio, después de acompañar a Gorbachev a la cumbre de Washington, tuvo un colapso que fue calificado como "un ataque al corazón", por lo que fue hospitalizado. Hoy parece del todo recuperado cuando se desenvuelve por los pasillos del Soviet Supremo conversando con diputados y consejeros.

"Me gusta", dice el escritor y legislador Fyodor Burlatsky. "Tiene un gran sentido teatral". En tiempos como los actuales, el modesto pequeño profesor necesitará todos los recursos dramáticos que sea capaz de reunir.